

LA CONQUISTA del HOMBRE

Leo, con el asombro consiguiente, que en cierta población americana acaba de ocurrir un incidente que es digno de atención, si no es más. Parece que en Indiana [cana. (esta noticia es yanki) hay mil solteras todas muy hechiceras, unas de humilde cuna y otras de enorme y regular fortuna. Todas estas hermosas señoritas tienen unas costumbres inauditas. No esperan á que el hombre les declare sus amorosas cuitas:

no aguardan á que el novio les dispare de su afán la platónica andanada. Son ellas, del pudor sin grave ofensa, las que ponen avisos en la prensa diciendo de manera descarada que desean un novio

y que la soltería les da agobio.

¡Guerra á la soltería!

Esta es la encantadora teoría

de esas lindas doncellas

que hartas ya de esperar día tras día el que los hombres las demanden á ellas, son ellas las que al hombre ponen cerco y ¡ay de aquel imprudente

que quiera resistir altivo y terco de aquellos ojos el mirar ardiente!

Así trocado el método amatorio, acaba su misión don Juan Tenorio y el sexo masculino

cambia de voluntad y de destino, ya que el hombre no puede ser osado y ha de esperar á ser el conquistado.

La noticia, lector, es alarmante.

Si eso que está pasando allá en Indiana adquiere movimiento algo importante en toda la región americana,

en Buenos Aires se verán escenas para un cuadro oriental de puro buenas. Figuráos, galanes

que en la calle Florida

sois dueños de veredas y chafanes,

si será situación comprometida

la vuestra, cuando os pida

una mujer hermosa

que apaguéis por favor su ansia amorosa.

Pensad en el esfuerzo que es preciso cuando llegue el horrible compromiso de que vayáis tranquilos por la calle, camino del café ó del escritorio, y os detenga una joven de buen talle formulando el pedido de casorio.

¿Qué hacer en ese caso?

¿Cómo salir del paso?

—Caballero, por Dios, no me desdeñe.

Déjeme usted que con su afecto sueñe.

Yo le amo desde un día

en que le ví salir interesante

de la cigarrería.

Usted echó delante,

yo crucé por su lado,



le envolví de mis ojos en el brillo; usted quedó parado...

y encendió indiferente un cigarrillo.

¡Ay, desde aquel momento

es usted mi constante pensamiento!

Yo he rondado su casa día y noche,

yo he dedicado á usted todos mis cantos,

yo le he seguido á usted á pie y en coche

y hasta una caja le mandé de "santos".

No sea usted cruel, yo se lo imploro,

dígame usted que sí, porque le adoro.

Decid, conquistadores,

los que en Florida, en Cuyo ó en Co

hoy requebráis de amores [rrientes

á señoras de estados diferentes,

¿qué haréis ante una niña enamorada

que os largue "tête á tête" esa andanada?

No habrá más medio que bajar los ojos,

cubrir con el pañuelo los sonrojos

que encienda en vuestros rostros tal [pedido

y si no os satisfacen los antojos,

murmurar con acento compungido:

—Señorita, ya estoy comprometido.

Lector, yo soy casado

y la dichosa nueva me ha asustado.

Si eso que está pasando allá en Indiana

atraiga en la región americana,

lo mismo los que somos algo feos

que aquellos que tenéis algún hechizo.

¿cómo ir á los cafés y á los paseos

encendiendo amorosos devaneos?

¡Jesús!... Me ruborizo.

V. SERRANO CLAVERO.

